

Clase media y cambio social

Cuando apenas comenzaba el nuevo año, los medios de comunicación informaron del drama que estaban viviendo varias familias salvadoreñas que habían salido, en los últimos días del año 2001, hacia Suecia, atraídas por un supuesto programa para inmigrantes, que no era más que una ficción. Lo crítico de la situación para estas familias fue que no sólo se enteraron de la inexistencia del mencionado programa en tierras suecas, sino que para embarcarse en el mismo tuvieron que deshacerse de sus bienes, pues la idea era iniciar una nueva vida, en el país nórdico. Las autoridades suecas fueron tajantes en su negativa a permitir la permanencia legal en su territorio de estos inmigrantes salvadoreños. En consecuencia, éstos deberán volver a El Salvador, con sus sueños truncados y sin nada de qué poder echar mano para establecerse de nuevo.

Hasta aquí, lo sucedido con estos compatriotas no estaría indicando nada novedoso. Que miles de salvadoreños busquen otros horizontes en el extranjero, por razones de seguridad —o por motivos políticos, como lo hicieron en los años ochenta— y por razones de supervivencia socio-económica, es algo endémico, en un país violento e inseguro como éste. Que fijen la mirada en países lejanos tampoco es nuevo. Australia y los países escandinavos están entre las opciones desde hace un buen tiempo. Que muchos de estos salvadoreños sean engañados por “ofertas” que les prometen resolver todos sus problemas, tampoco es novedad. Y no lo es tampoco que las autoridades migratorias de los países de destino no se mues-

tren amables con quienes llegan sin ser invitados. Esto lo saben bien los mexicanos y centroamericanos, que a diario intentan cruzar la frontera hacia Estados Unidos —sin hablar del maltrato, de los abusos y las estafas sufridos a manos de “coyotes” o ladrones, que pululan en las zonas fronterizas—. Entonces, ¿por qué el grito de alarma? ¿Por qué la indignación pública ante la situación —a todas luces lamentable, pero no del todo fuera de lo normal— de las familias que no pudieron hacer realidad el “sueño sueco”?

Para entender la atención pública que se ha dado al caso de las familias que viajaron a Suecia hay que tomar en cuenta otros aspectos, que completan el cuadro antes descrito. Adicionalmente, siempre a través de los medios de prensa, se supo no sólo que dichas familias se habían deshecho de bienes como casas y vehículos, sino también que entre sus miembros había profesionales, quienes incluso dejaron sus empleos o negocios para embarcarse en la aventura de ir a vivir al extranjero. Obviamente, esto no añade mayor novedad a la situación; al fin y al cabo, no eran los primeros salvadoreños de clase media que se iban del país, en busca de un sueño, en el extranjero.

Pero, lo que sí es novedad es que salvadoreños, con una educación por encima del promedio, fueran embaucados con la oferta de un supuesto programa de acogida para inmigrantes, del cual, aparentemente, no había más información que la ofrecida por las agencias de viajes, que les vendieron los boletos. En otras palabras, hay fuertes indicios de que cuando estas familias decidieron partir

hacia Suecia, las certidumbres acerca de su viaje eran más bien escasas y, pese a ello, decidieron jugarse el todo por el todo. No era, pues, una apuesta segura —apuesta que cabría esperar de los sectores medios—, sino una apuesta desesperada —más propia de los sectores populares—.

¿Desesperados los sectores medios? ¿Dispuestos a arriesgarse a probar suerte en el extranjero, siguiendo los pasos (y las incertidumbres) de los sectores populares? ¿Por qué? Seguramente, estas y otras preguntas rondaron en la cabeza de periodistas y comunicadores —en su mayoría de clase media—, luego de enterarse del drama de sus compatriotas, en Suecia. Sin embargo, pese a estar sometidos a las mismas presiones socio-económicas que ellos, no lograron ir más allá de informar sobre los avatares de las familias en aquel país y sobre los presuntos responsables del “engaño” (y estafa) del cual fueron objeto.

Ahora bien, el caso de las familias que vieron frustradas sus esperanzas de una nueva vida obliga a una reflexión más detenida sobre la situación actual de la clase media, en El Salvador. Aunque pudiera ser algo incidental que un grupo de familias de clase media apostara, tras renunciar a lo poco que tenían en su país, a establecerse precariamente en el extranjero, es posible que ello más bien sea expresión de un fenómeno social más amplio. Y eso es, justamente, lo que se pretende sugerir con estas reflexiones.

En efecto, en la actualidad, una de cosas que llaman la atención en El Salvador es el deterioro socio-económico de la clase media —y de los sectores populares—, así como los cambios que se han venido operando, desde la década de los años ochenta, en su comportamiento socio-político. En estas páginas se esboza una reflexión en torno al tema apuntado, el cual se conecta con una problemática mucho más amplia: *la ausencia, a doce años de firmados los acuerdos de paz, de proyectos que orienten y dinamicen el descontento generalizado (y la frustración) de la mayor parte de la sociedad salvadoreña.*

Ciertamente, los sectores mayoritarios de la sociedad (de la clase media hacia abajo) han venido siendo golpeados, de modo sistemático, a lo largo de la década de los años noventa por las decisiones emanadas del Estado, aunque no hay señal alguna de un movimiento social de resistencia. Lo que se tiene es una sociedad aletargada ante unas

medidas políticas y económicas que se le imponen desde las esferas de poder; sometida a fuertes presiones económicas (impuestos, incremento en los precios de los servicios públicos, salarios bajos); amenazada por múltiples riesgos naturales y sociales (sequías, inundaciones, derrumbes, terremotos, violencia, delincuencia); y con un sin fin de demandas y necesidades insatisfechas (salud, educación, vivienda, seguridad, empleo, género, medio ambiente), pero sin ningún tipo de impulso colectivo que presione por un cambio de marcha en lo económico, lo social y lo político. ¿Por qué sucede esto? ¿Qué tiene que ver la clase media en la dinámica social del país?

Ese tipo de interrogantes hace necesario plantear algunas ideas sobre el papel de los sectores medios en la historia política del país. Evidentemente, se trata de meras conjeturas, que requieren de una mayor discusión, pero que son recogidas aquí por su elevada plausibilidad.

En primer lugar, los sectores medios han sido, a lo largo del siglo XX —y concretamente hasta principios de la década de los años ochenta—, dinamizadores del cambio social en el país. Es decir, no sólo han salido de esos sectores importantes líderes sociales y políticos, sino también los principales programas y plataformas que le han dado sentido y orientación al malestar colectivo. Esto no quiere decir que líderes, programas y plataformas hayan tenido un origen exclusivo en la clase media, sino que muchos de sus miembros —estudiantes, profesionales, religiosos, religiosas, militares— intervinieron decisivamente en los procesos socio-políticos del país y contribuyeron a su configuración. Tres ejemplos son ilustrativos: el movimiento que llevó a la caída de Maximiliano Hernández Martínez (1944), la conformación de la Unión Nacional Opositora (UNO) —y su protagonismo político a lo largo de la década de los años setenta—, y la formación de las organizaciones político-militares —y su influjo en el país durante casi dos décadas: años setenta y ochenta—.

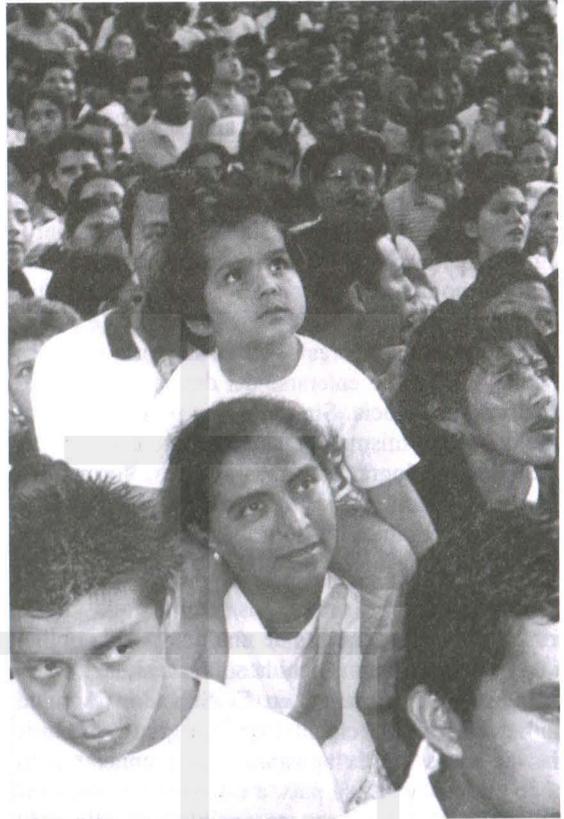
En segundo lugar, la clase media canalizó su influjo social a través de proyectos políticos, asimilados de otras experiencias históricas o surgidos de una mezcla entre lo proveniente del exterior —por ejemplo, el movimiento antifascista de los años cuarenta o la revolución cubana en los años sesenta— y sus propias expectativas sociales y políticas. En cualquier caso, la clase media —sus miembros más activos políticamente— fraguaba

proyectos y trataba de llevarlos a la práctica, incluyendo en ellos a otros sectores sociales. En aquellas situaciones en las que la clase media perfiló proyectos de cambio social con un fuerte contenido de justicia y participación, la apertura hacia los sectores populares cobró una importancia de primera magnitud. El proyecto de la UNO tuvo esa orientación, pero lo tuvo más el proyecto de la izquierda revolucionaria, para la cual fue estratégico potenciar al amplio movimiento popular de masas, que venía gestándose en el país —con una relativa independencia de la izquierda armada— desde finales de los años sesenta.

Y, en tercer lugar, importantes sectores de la clase media quisieron ser protagonistas del cambio social, porque tenían las *motivaciones ideológicas y políticas* para convertirse en tales. En otras palabras, existían referentes simbólicos (ideológico-políticos), que llamaban, alentaban y justificaban el compromiso público; en virtud de esos referentes simbólicos —llámeseles nacionalismo, socialismo, reformismo o doctrina social de la Iglesia— era posible creer en la posibilidad de lograr cambios sustantivos, en materia social, económica y política. Se creía, pues, que era posible incidir de forma activa en la dinámica socio-política nacional, para lo cual bastaba tener los conocimientos necesarios, así como la voluntad y disposición para comprometerse políticamente.

Así las cosas, los sectores medios no estaban dispuestos a soportar de manera pasiva los embates de las decisiones estatales, sobre todo de aquellas decisiones que violentaban sus derechos civiles y políticos. La rebeldía de la clase media —que la convirtió en uno de los factores dinamizadores del cambio social durante la mayor parte del siglo XX— se fue apagando prácticamente desde los primeros años de la guerra civil. La violencia política de aquellos años, el terrorismo de Estado y la polarización forzaron a los sectores de la clase media con interés en la política a retirarse de una manera abrupta de la vida pública.

Quienes se quedaron activos en la política —los menos— ya habían radicalizado sus posiciones, desde finales de los años setenta. Quienes titubearon cuando la guerra civil se venía encima —los más—, o bien salieron de país o bien terminaron dedicándose de lleno a sus actividades profesionales. Pero este “retiro” al ámbito privado no fue temporal, ni fue algo que afectó sólo a algunos individuos: la década de los años noventa fue escenario



del agotamiento público de la clase media, en su conjunto, después del leve repunte del movimiento gremial, suscitado a finales de la década de los años ochenta. ¿Por qué este retiro de la vida pública por parte de la clase media? ¿Cuál es el impacto del mismo en la sociedad salvadoreña, específicamente en sus perspectivas de cambio?

La primera pregunta no tiene una sola respuesta, sino varias. Ante todo, hay que recordar que a inicios de la década de los años ochenta se desató una fuerte represión estatal, que golpeó no sólo a los sectores populares organizados, sino también a los sectores medios. Sin duda, la represión es un factor que explica la retirada de la clase media hacia la vida privada, pero no es el único.

Asociado con el temor generado por el terrorismo de Estado, estaba, en segundo lugar, el miedo al cambio abrupto que aparecía en el horizonte del país, si triunfaba el proyecto revolucionario. Es decir, la clase media no estaba dispuesta a embarcarse en un proceso —que había contribuido a gestar— y que amenazaba con dejar al país en una situación de caos e inestabilidad. El conservadu-

rismo y el acomodamiento traicionaron, pues, a la clase media, que no estaba dispuesta a arriesgar lo poco que tenía por un futuro incierto. Terminada la guerra, pareciera que los sectores medios están dispuestos a pagar, con su adelgazamiento y empobrecimiento, el precio de la paz y la estabilidad. Es como si los sectores medios hubieran aceptado que es mejor ser presas del deterioro económico y social que vivir en guerra; de aquí el aletargamiento y la pasividad, que los caracterizan desde hace más de una década.

En tercer lugar, los sectores medios se han quedado sin proyectos ideológicos y políticos, en los cuales confiar y a través de los cuales encauzar su malestar. Dicho de otro modo, en la actualidad, la política y la ideología ya no dicen nada —o dicen poco— a los sectores medios; lo cual contrasta con otras épocas, en que los grupos medios eran una especie de crisol de ideas, iniciativas y proyectos ideológicos y políticos. El “desencanto” político de buena parte de la intelectualidad salvadoreña es una muestra de la orfandad de sueños e ilusiones de que adolece la clase media.

Por último, en cuarto lugar, los elementos anteriores se insertan en un cambio cultural de gran envergadura, propiciado por la globalización cultural y tecnológica: la privatización de las actividades sociales y el estrechamiento de la vida pública. Siguiendo a Albert O. Hirschman cuando habla del ciclo privado-público como eje del interés individual y colectivo, en la dinámica histórica de las sociedades, El Salvador está del lado del péndulo en que hay una concentración casi total de la sociedad en las metas de mejoramiento individual y del bienestar privado, así como casi una total ausencia de preocupación por los problemas públicos¹. La clase media concreta, mejor que otro grupo social —por sus aspiraciones, ingresos, educación—, esta dinámica privatizadora, la cual está más allá del miedo a la represión y al desorden, puesto que es manifestación de un ciclo histórico, que se extiende a nivel mundial y que está influido (si no es que determinado) por el proceso de globalización.

Como se ve, múltiples factores explican la “retirada” de la vida pública de los sectores medios. Volvamos a la segunda pregunta que formulamos

antes: ¿cuál es el impacto de esa retirada, específicamente en las perspectivas de cambio en El Salvador? Aquí cabe hacer la siguiente conjetura, la cual, obviamente, merece ser tomada con la mayor cautela.

En El Salvador actual, pese a lo avasallador de las políticas estatales sobre las condiciones de vida de los sectores medios y populares, no hay un movimiento organizado de protesta y de resistencia, porque desde los primeros no ha emergido —ni se ve que vaya a emerger— un proyecto que pueda canalizar el creciente malestar social. Lo anterior no quiere decir que no pueda surgir fuera de la clase media un grupo (o liderazgo) que tenga la capacidad de encauzar públicamente la frustración de los salvadoreños.

Sin duda, ante el enclaustramiento de los sectores medios, los sectores populares deben aparecer en escena, esta vez quizás como protagonistas principales de la dinámica social. En caso contrario, lo que se perfila en el horizonte es una mayor frustración colectiva, canalizada cotidianamente en la agresividad “cara a cara”, y pronta a estallar en forma de una erupción sin control ni dirección. Así, la retirada de la clase media hacia la vida privada ha restado energías públicas a la sociedad salvadoreña, con lo cual se ha acentuado el aletargamiento de sus miembros. Difícilmente los sectores medios van a ser lo que fueron, y es una lástima. De no haber alternativas al papel que esos sectores jugaron como agentes del cambio social en décadas pasadas, el panorama futuro del país se pinta de lo más sombrío.

Dicho de otra forma, en El Salvador, las perspectivas de cambio socio-político se han visto fuertemente diezmadas por la renuncia de la clase media al compromiso público. Reavivar ese compromiso —mover el péndulo histórico desde lo privado a lo público— no va a ser fácil, sobre todo por el influjo de las tendencias mundiales, que actúan en contra. Tampoco va a ser fácil para los sectores populares —atrapados entre la pobreza y la desesperación— formular proyectos capaces de orientar la acción colectiva hacia metas factibles, sin desembocar en el desorden y la anarquía. Por el momento, con una clase media dispuesta todavía a seguir pagando el precio de la paz, los secto-

1. Ver, A. O. Hirschman, *Interés privado y acción pública*, México, 1986.

res populares no dan señales de poder avanzar hacia la constitución de un movimiento social capaz de resistir los embates de unas decisiones gubernamentales que los condenan a la exclusión, la pobreza y la marginalidad. Y, mientras esto suceda, la frustración colectiva seguirá incubando una violencia que —como una bomba de tiempo— esta-

llará de una manera intempestiva complicando aún más la situación del país.

Luis Armando González
Director del Centro de
Información, Documentación y
Apoyo a la Investigación (CIDAI)

